

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*
PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES
DE LA
EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*
DIRECCION Y ADMINISTRACION: Palacio Provincial
Teléfono 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas
Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Estampas del siglo XIX: Una poetisa olvidada	<i>Arturo Gazul.</i>
Del pasado próximo cacereño: Eclipse de Sol (1900)	<i>Miguel Muñoz de San Pedro.</i>
Ideario extremeño	<i>José de Espronceda.</i>
Canto a Espronceda	<i>Manuel Delgado Fernández.</i>
De los sexos de las culturas	<i>Arsenio Muñoz de la Peña.</i>
El primer libro (Cuento)	<i>Ramón de Garciasol.</i>
Burbuja	<i>Eugenio Payo.</i>
Anecdótico extremeño: De mis recuerdos periodísticos	<i>Antonio Reyes Huertas.</i>
Reflejos	<i>Juan Luis Cordero.</i>
Crítica sin hiel	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Un problema crítico: Perspicacia	<i>J. Antonio Sánchez Paredes.</i>
Tres Sonetos	<i>José María Lasheras, Sixto Ramos Ciudad y F. Pitarque.</i>
De arte: Hemos visto	<i>Fernando Bravo.</i>
Mirador: Crónica	<i>Curio O'Xillo.</i>
Al margen de los libros	<i>P. Romero Mendoza.</i>
Bibliografía	<i>P. R. M.</i>
Láminas	<i>Fotos Javier, Garrorena y Herreros.</i>



ALCANTARA



AÑO V

31 JULIO 1949

NÚM. 21

ESTAMPAS DEL SIGLO XIX

UNA POETISA OLVIDADA

I

“**A**DMIRADA Srta: Es un placer sumo el que experimento al coger la pluma para dirigirme a la joven ilustrada y virtuosa que sólo tengo el gusto de conocer por los elogios miles que he oído tributarle en Badajoz: tanto es así que, recordando sólo su grato nombre, el Ateneo Científico Literario, cuyo presidente es mi primo don Francisco Romero de Castilla, me encarga en nombre de toda la Corporación que le ruegue el señalado favor, que por anticipado agradecemos, de escribir una poesía cualquiera que tendrán el gusto de presentar a la velada que el día 6 de éste tendrá lugar en la capital, y en la que se considerarían muy dichosos y honrados si asistiréis a ella dándole la brillantez que necesita para ser la más brillante de todas las que se han celebrado y se celebrarán tal vez. La fama, Srta., ha cundido de tal modo por toda la provincia principalmente, que no hay un sólo centro literario que no ensalce las bellas cualidades que os adornan; pero sería prolijo y hasta vituperable en mí el que me atreviera a hacer el Apoteosis del Genio Extremeño que otro más digno que yo puede describir con tintas más vivas, con frases más puras y galas retóricas.

Celebra infinito la ocasión para ponerse a sus órdenes y le ofrece respetuosamente sus escasos servicios, s. s. q. b. s. m. (firma) Antonio Romero de Castilla.

Guardo esta carta entre mis papeles de familia. Tiene palidez amarillenta de hoja seca y los trazos de la escritura aparecen ya desvaídos. La pátina del tiempo se refleja igualmente en el estilo. Va dirigida a una poetisa: se le llama «ilustrada y virtuosa». Sería esta adjetivación suficiente para computar aproximadamente la época en que fué escrita. El siglo XIX fué el siglo de la «ilustración» y en el que más se encareció la virtud de la mujer. La palabra «virtud» tenía una acepción no sólo cristiana sino revolucionaria, e incluso masónica.—Los hombres de la «Revolución Francesa» la tenían constantemente en sus labios y en sus escritos. Robespierre era el máximo paladín de la virtud. En la carta transcrita, el calificativo «virtuosa»

es de un sentido puramente cristiano y va dirigido a una Srta. pueblerina de profundos sentimientos católicos. Se llamaba Carmen Sánchez-Solana, pero simplificaba su apellido compuesto firmándose siempre Carmen Solana. Era efectivamente «ilustrada»; hoy la hubiéramos llamado culta. La galantería de la época representaba en ambos adjetivos un tributo de justicia. En el resto de la carta hay un tanto de ampulosidad, la tendencia a la desorbitación que todavía perduraba en el ambiente... ¿Fecha de la carta...? Mayo de 1881.

Había nacido la poetisa Carmen Solana en Fuente de Cantos; vivía con sus padres en Montemolín, desde la infancia. Montemolín era entonces una villa aislada, sin otras comunicaciones con el resto del mundo que malos caminos de herradura. El pueblo, de empinadas calles, es más pintoresco que alegre. Lo agobian en sus contornos altos cerros cubiertos de olivares. Uno de estos cerros, desnudo de arboleda, está coronado por un castillo. Desde él, como desde otros montes de los alrededores, se columbran dilatados horizontes que nos hacen recordar los paisajes de Covarsí. Este pueblo, escondido entre las eminencias de su quebrado terreno es, en cambio, abierto en carácter y hospitalidad. Desde antiguo reunía una pequeña sociedad selecta, «ilustrada», que aún conserva sus finas esencias de trato. Muy dignamente la representa hoy su alcalde D. Juan Viñals, uno de los más eficaces de la provincia, que ha realizado una gran obra urbanizadora en su simpática villa.

Carmen Solana no tuvo que educarse en colegios para adquirir una perfecta educación; ni siquiera salir de Montemolín. Pertenecía a una familia acendradamente religiosa, que más tarde daría a la Iglesia una figura relevante, la del actual Arcediano de la Catedral de Badajoz, D. José Fernández Solana, sobrino carnal de la poetisa.

En la fecha de la carta transcrita, Carmen contaba poco más de veinte años. Como poetisa se había dado a conocer en varios periódicos y revistas regionales. Era raro el pueblo de importancia que no tenía entonces un pequeño semanario, donde colaboraban los ingenios de la localidad y su comarca. Fregenal tuvo su «eco». «El Eco de Fregenal»; Villafranca, «El Eco de los Barros»; Llerena por entonces, «El Sur de Extremadura». A veces estos periódicos eran instrumentos caciquiles y sus artículos de fondo adoptaban un agrio tono polémico. Desaparecían y reaparecían a impulsos de la política de campanario. Otras veces los lanzaba un grupo de jóvenes tan ricos de ilusiones como escasos de dinero: a los pocos meses, como los anuncios no acudían a pesar de dejar un amplio espacio con la invitación de «disponible», el periódico fenecía por consunción económica. Uno de estos pequeños semanarios apolíticos era «El Sur de Extremadura». Lo dirigía Pelayo Henao, escritor excelente, en unión de un joven poeta que ya gozaba de bastante renombre, Arturo Gazul de Uclés. Todos estos periódicos dedicaban mucho espacio a la poesía. ¿En qué pueblo no había algún poeta que soñara con la gloria, y buen número de aficionados...? Distingamos entre poetas y versificadores. Los poetas de calidad no abun-

dan nunca. Los versificadores eran entonces innumerables. El hallazgo del consonante constituía un deporte del ingenio. Lo más vulgar y baladí se expresaba en verso. Por eso se decía: «de poetas, tontos y locos todos tenemos un poco». De tontos y locos puede ser; de versificadores, todos en aquel tiempo. La moda o costumbre duró hasta fines de siglo como consecuencia de la afición a la poesía. Podrán estimarse más o menos los grandes poetas románticos; lo que no se les puede negar es que llegaron al corazón del pueblo, lo que gozaron de ancha popularidad.

Aquellos semanarios pueblerinos sirvieron para que en ellos se dieran a conocer, entre muchos versificadores adocenados, algunos poetas eminentes, que más tarde alcanzaron merecida fama, depasando el ámbito provincial. Las poetisas inspiraban generalmente más curiosidad. Había en nuestra provincia el precedente glorioso de Carolina Coronado, cuya carrera de poetisa fué fulgurante, don Antonio Manzano Gárías prepara actualmente la biografía de otra poetisa extremeña de singulares méritos, Vicenta García-Miranda, de Campanario. La aparición de Carmen Solana fué muy posterior. No se lanzó a publicar sus poesías con ánimo de vanagloria: escribía sus versos para un círculo restringido de amistades, y sólo a instancias repetidas de un amigo de su padre accedió a colaborar en algunos periódicos de la provincia, más asiduamente que en ninguno en «El Sur de Extremadura», del que ya hemos hecho mención; en él alternó sus poesías con las de otra poetisa local, Carmen Chacón; y con las de Gazul de Uclés. El semanario vivió poco más de un año, de 1879 a 1881. Muy pronto se extendió la fama de la poetisa de Montemolín. Su modestia quedó sorprendida por los elogios que le prodigaban. ¿Qué méritos encerraban estas poesías; cuales eran sus valores estéticos...? Nada había en ellas de sorprendente, ni nuevo, literariamente hablando. Y sin embargo, cautivaban a sus lectores por su acento sincero y entrañable, por su honda ternura, por el perfume de su feminidad.

En aquellos versos sencillos y delicados latía un gran corazón de mujer. Y era a ella misma a la que, recordando a Bécquer, se le podía decir: *poesía eres tú*.

Era Carmen Solana alta, esbelta, de rostro pálido y grandes ojos negros, que las ojeras orlaban de violetas. No deslumbraba su belleza; atraía y seducía por su delicadeza expresiva y por esa dimensión profunda que confiere al rostro una intensa vida interior. Al hablar lo iluminaba la sonrisa. Amena y animada su charla; pronto su ingenio; aterciopelada su voz. Tenía el don de la frase amable y gentil sin ser aduladora. Era, en suma, un conjunto de discreción, gracia, dulzura y talento.

A los diez y nueve años cayó enferma nuestra poetisa. Se la creyó tuberculosa. La enfermedad romántica por excelencia prestaba una aureola de seductora melancolía y una atracción compasiva y misteriosa, la de los condenados a muerte. Nada de *pose* romántica en la Srta. Solana: sana y equilibrada de espíritu, lo que deseaba era curarse, vivir. Su padre la llevó a Panticosa, que entonces era la

Meca de los enfermos del pecho. Afortunadamente no tenía más que una ligera lesión, de la que pronto pareció curada. Este viaje le permitió conocer Madrid y Zaragoza, donde se detuvieron unos días. Tengo en mi poder unas deliciosas cartas escritas a una amiga, en las que le cuenta sus impresiones. Para una Srta. encerrada en Montemolín era un viaje fabuloso, desde la partida en caballerías; luego el ferrocarril y la última jornada en diligencia, ya en el Pirineo. En aquellas cartas se refleja no solamente su clara inteligencia sino su fina observación, matizada de humor. No concibo cómo escribiendo con tanta soltura y gracia se limitara a cultivar la poesía, desdiciendo la crónica o la novela.

A Llerena llegaba el tren desde el año 1879. Tiene lugar el viaje referido en el 81. Faltaba aun en esta fecha el enlace con Sevilla, pero se podía hacer el viaje a Madrid, por Mérida. La llegada del primer tren a Llerena fué, como en todos los pueblos, un acontecimiento memorable. Hubo un verdadero pugilato poético en el que no faltaron sendos sonetos de Carmen Solana y de Gazul de Uclés. Hoy estos versos retumbantes nos hacen sonreír. De haber vivido en aquella época hubiéramos compartido el mismo asombro ante la locomotora, maravilla del siglo, mensajera del progreso y la ilustración. Un poeta de la localidad llamaba al tren «titán horrendo», otro «monstruo de hierro»; y todos pronosticaron a Llerena un superdestino en el que se conjugaban dichosamente la ilustración, la prosperidad y la riqueza. Lo mismo habían imaginado los poetas locales de todos los pueblos favorecidos por el «férreo reptil». ¿Por qué entre tanta admiración le llamarían cosas tan feas...? Los hombres liberales de aquel tiempo creían en una futura humanidad sin guerras, sin fronteras, en dulce fraternidad universal por obra de la ciencia y del progreso, elevados a categoría de mitos.

El tren nos ha alejado de nuestra encantadora poetisa. Volvió de Panticosa muy repuesta de su padecimiento y se quedó en Llerena a pasar la Feria. Tenía en este pueblo muchas amistades y su colaboración en «El Sur de Extremadura» le había granjeado unánimes admiraciones. La buena sociedad llerenense—culto, selecta, acogedora—la colmaría esta vez de ágasajos. En el flamante y bello teatro de Santa Isabel actuaba una excelente compañía de zarzuela. El teatro tenía un decorado magnífico, pintado en lienzo; el alumbrado mucho mejor que el de ahora, era de petróleo, repartido en innumerables quinqués. En la primera función de abono ponían la ya popular zarzuela «Jugar con fuego». En los palcos y plateas estaba lo más florido de la juventud femenina. Peinados altos, con profusión de rizos, raya en medio y flequillo; escotes cuadrados, muy discretos; mangas estrechas hasta el codo y ampulosos polisones que achicaban las cinturas de avispa: Los polvos blancos prestaban a los rostros una palidez apayasada. Rara era la muchacha pueblerina que usaba otro afeitte. La blancura obsesionaba a la mujer. Para protegerla se usaban las sombrillas. En las localidades preferentes había algunos señores graves, de levita; ya la juventud masculina la desdiciaba e iba de americana y hongó.

Entre las muchachas forasteras atrajo la atención Carmen Solana: a la poetisa la envolvía una aureola romántica que acordaba con su interesante belleza. Asistía a la función Gazul de Uclés, ya proclamado poeta de altos vuelos. Había terminado aquel curso la carrera de médico. Era como lo soñaban sus admiradoras; arrogante figura, de rasgos árabes, conforme su apellido de romance morisco. Así pudo ser el legendario moro Gazul de la Corte granadina: barba y ojos negrísimos en rostro de finas y nobles facciones. Se conocían poetisa y poeta a través de sus versos y en los dos se había dado esa corazonada del amor de predestinación que, para bien o para mal, ha de decidir nuestra vida afectiva. Esta noche se veían por vez primera: fué como reconocerse en la encarnación de sus sueños y como encontrarse en una presentida cita de amor que esperaban desde siempre.

Juventud de hoy... ¿qué sabéis de aquellos amores de vuestros abuelos, iluminados de ideal y de poesía...? La mujer, su imagen, era otra, divinizada, aureolada de misterio y de pureza, adorada como un ídolo. «Idolatrada» era una palabra frecuente en las cartas de amor... ¿Cursilería...? Tendríais que llamar cursi aquel espejo de caballeros andantes que se llamó Don Quijote. También aquellos hombres románticos se encontraban a veces con alguna vulgar y estúpida Aldonza Lorenzo. Pero... ¿y el acervo emocional de lo vivido y soñado...? ¿Y los deliquios, transportes y ensueños de aquellos idilios...? Hay románticos en todos los tiempos, pero la actual camaradería y la convivencia de sexos—es otra la vida y otro el estilo de vida—difícilmente elevan el amor a aquellas regiones de idealidad y sublimación.

Se amaron inmensamente poetisa y poeta. Y se casaron tras un año de relaciones. Durante este tiempo sus nombres aparecieron en varios periódicos regionales, siempre inseparables, en sucesivas poesías. Eran las últimas que publicaba Carmen Solana. Al casarse no arrojó del todo la lira, pero rehuyó deliberadamente toda publicidad. Ya no quiso ser sino musa de la obra del poeta y la mujer dulce y fuerte que derrama en su hogar los tesoros de su inteligencia y su corazón.

«El Sur de Extremadura» publicaba una poesía de Gazul titulada «El Amor», que empieza así: *Volcán embriagador que el pecho inflama—delirio de la loca fantasía—aroma conque el alma se extasía—torrente abrasador, vívida llama...*—Así se cantaba el amor en 1881. En el ocaso del Romanticismo.

ARTURO GAZUL